

DIA DIEZ Y OCHO.

VIAJE DE MARÍA Á BELEN.

*Ascendit Joseph a Galilea in
Judeam... ut profiteretur cum
Maria.*

José vino desde Galilea á la
Judea para empadronarse con
María.

(LUC. II, 4.)

Es una verdad, mis amados hermanos, tan admirable como cierta, confirmada por la historia de todos los siglos, y expresada en dos palabras por el buen sentido del pueblo cristiano; que los hombres, en todas las cosas de acá abajo, proponen, pero que Dios es siempre quien dispone. Eso significa, que nada sucede ni puede suceder en el universo, sin que su providencia, abarcando con mano fuerte de un cabo á otro todas las cosas, y ordenándolas todas con suavidad (1), lo haga redundar todo en mayor bien del hombre y á mayor gloria del Criador. Para cerciorarnos de tal verdad, basta leer la historia del mundo, la cual á cada paso, desde Adán, hasta nosotros, nos ofrece de ello el testimonio más claro y solemne. Ved ahí, por vía de ejemplo, á Moisés. Este nace mientras el pueblo de Israel gemía bajo una feroz tiranía, cual nunca se había visto en Egipto; en términos, que para salvar su vida, su madre vése reducida á la necesidad de tener que aventurarlo dentro de una cesta de juncos, en un carrizal de la orilla del Nilo (2). ¿Quién no creyera entónces, que aquel niño se hallaba á merced del acaso? Y, sin embargo, no era así; ántes bien el Cielo, con tan misteriosos medios, dispone introducirle, conforme sucedió, en la régia morada del bárbaro monarca, á fin de que de allí salga un día como salvador de su pueblo y operador de grandes prodigios.

(1) SAPIENT. VIII, 1.

(2) EXOD. II, 3.

Ved también á José, hijo predilecto del patriarca Jacob. Envidiosos sus hermanos de su inocente amabilidad, y del tierno afecto que su padre le profesa, lo venden á los mercaderes de Egipto (1); ¿quién, en tal caso, no hubiera creído, que la vida de José debía ser corta y su fin desgraciado? Y, no obstante, por tal vía Dios le conduce como por la mano al elevado cargo de virey de aquel país (2), destinado con prevision profética, á salvarlo de la carestía que debía reducir por espacio de siete años á la más dura miseria una gran parte del mundo; y, salvando á Egipto, debía salvar, igualmente, á su propia nación. Empero, sin necesidad de recordar ahora otros hechos, de los infinitos que refieren las divinas Escrituras, bastará para el caso el ejemplo que ofrece á nuestros ojos la vida de María, que estamos meditando; ejemplo tan luminoso y extraordinario, que de seguro, no hay necesidad de aducir otro alguno para quedar convencidos, de que sin el querer divino nada, absolutamente nada sucede en el universo. Tal hecho nos lo suministra el viaje de la Virgen con su esposo José, desde Nazareth á Belén, obedeciendo el edicto de César Augusto, emperador de Roma, por el cual, así ellos, como todas las demás gentes de su pueblo, debían dirigirse á dicho punto para ser inscritos en el padron general del imperio. Y sin otro preámbulo entremos en materia: A. M.

Dos famosas profecías, entre otras, corrían de boca en boca respecto del nacimiento del Salvador; la una era la de Balaam; la otra, de Jacob; aquélla aseguraba, que el Mesías aparecería cuando el poder romano hubiera llegado al apogeo de su gloria; la segunda decía, que dicha aparición tendría efecto cuando el cetro y el gobierno de Israel no se hallaría ya en manos de los descendientes de Judá, hijo de aquel patriarca (3). Pues bien, ambas profecías estaban ya á punto de cumplirse. La primera, porque á la sazón los descendientes de Rómulo habían llevado sus águilas hasta los últimos confines de la tierra entónces conocida; por cuyo motivo aún los más apartados pueblos del Asia, aterrados de aquel formidable poder, que parecía tener algo de divino, apresurábanse á enviar solemnes embajadas á César, para obtener en cambio su amistad y su favor. La segunda, porque el Egipto, la Siria y la Palestina habían sido ya declaradas provincias romanas; bien que Herodes, como rey de los Judíos, continuara rigiendo el gobierno de las mis-

(1) GÉNES. XXX, 28.

(2) IBID. XLI.

(3) GÉNES. LIX, 40.

mas, toda vez que éste no era rey sinó de nombre y en apariencia. Por lo tanto, puesto que veíanse ya confirmadas las mencionadas profecías, era evidente de todo punto, que había dado ya la hora en la cual el Hijo de Dios debía aparecer sobre la tierra. Empero, á esos divinos oráculos parecía oponerse otro, segun el cual el Mesías había de salir de Belen, puesto que estaba escrito en Micheas: «Y tú ¡oh Belen! llamada Efrata, tú eres una ciudad pequeña respecto á las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad (1).» Es como si dijera; de ti saldrá el Mesías, el prometido Salvador de las gentes. Empero, ¿cómo puede ese Reparador del mundo nacer en Belen, si la Virgen, que le ha concebido divinamente en su seno, habita en Nazareth, que dista cinco largas jornadas del primer punto? En verdad, discurrendo humanamente, el caso parece extraño. Mas ¿se puede, por ventura, considerar hecho alguno segun el criterio humano solamente, cual si sucediera alguna cosa sin la intervencion de la Providencia divina, ó sea sin lo sobrenatural? Esto es lo que la filosofia no ha sabido comprender todavía; y, sin embargo, ahí está la clave de toda ciencia posible.

Miéntas iba á verificarse el gran portentoso de la divina misericordia, promulgose un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todos los súbditos del imperio Romano. Consistía este empadronamiento en inscribir, en determinados libros, cuantos bienes y personas pertenecían al imperio, para que Roma, capital de todo el mundo entónces conocido, tuviese un registro universal de todos sus súbditos. Para ser inscrito en esos libros era necesario que cada cual se trasladase á la ciudad de su stirpe. Este empadronamiento, como dice San Lucas, fué el primero que se hizo en la Siria, por Cirino, gobernador de ella. Por este motivo, San José tuvo que salir con su esposa la Virgen de Galilea para trasladarse á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea (pues descendía de tan ilustre monarca); y anunciado estaba, que en Belen nacería el Cristo, que María llevaba en su seno por obra del Espíritu Santo (2). «Por aquellos dias, dice el evangelista San Lucas, promulgose un edicto de César Augusto mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento por Cirino, gobernador de la Siria: y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazareth, ciudad de

(1) MICH. V, 2.

(2) LUC. II.

Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta (1).»

Pues bien, hagamos aquí una suposicion: ¿Qué hubiera contestado César, si, en tanto hallábase ocupado en ese censo ó empadronamiento de su imperio, presentándosele delante algun profeta del Señor, le hubiese dicho: Señor; grande y magnífico es el trabajo que tú has ordenado, y por él tu nombre será inmortal en todos los siglos venideros; porque tú eres el primero, entre los supremos gobernantes, que has creado, bien que en germen solamente, la alta ciencia del Estado, y, además, pones de manifiesto á todo el universo, por vez primera, que él no constituye más que una familia, la cual tiene por cabeza y centro la ciudad de Roma, que todas las generaciones futuras llamarán eterna. Grande, sin embargo, fuera tu error, ¡oh César! si en este hecho no vieras más que un consejo de tu sabiduría. Sabe, pues, que en tal acto, tú no eres otra cosa que un instrumento en manos de Dios; ya en el llamar y sujetar á la vida de sociedad universal á todos los pueblos, de los cuales ha de ser Roma el centro y la cabeza; ya, y esto es inmensamente más importante, bien que tú lo ignores, en dar cumplimiento á la profecía acerca del lugar en que ha de nacer el Rey de reyes, el prometido Salvador del género humano perdido. Bien podeis juzgar, pues, amados hermanos, de qué manera Augusto hubiera recibido tal anuncio y tratado el tal profeta al oír este discurso, como quiera que en él hallábase personificado aquel orgullo pagano, que en tal ocasion no hubiera podido ménos de manifestarse con todo su furor. Empero, si levantándose del sepulcro, y oyendo referir la historia de lo acontecido, desde su muerte hasta nosotros, se enterase de la total trasformacion que la humanidad ha venido experimentando por el nacimiento del Niño de Belen, cuya cruz tremola y tremolará siempre gloriosa sobre la cúpula del Capitolio; ¿qué dijera entónces? Ciertamente creyera estar soñando; mas por último, no pudiendo ménos de dar crédito á la historia y á la voz de su propia conciencia, exclamaría: ¡Ah! confieso que soy una miserable nulidad: ¿quién se atreverá ya á hacer alarde de sabiduría y de poder en presencia del Señor del universo? Así contestaría César, toda vez que no podría responder de otro modo. Ante ese ejemplo desearía yo que entendieran, cuán nécios y desdichados son aquellos que se declaran enemigos de la religion de Jesucristo, y tratan de vencerla, creyéndose superiores al poder de los juicios de Dios. ¡Desgraciados! Dios se ríe de nuestra soberbia, y

(1) IDEM. *idem*.

cuando ménos lo pensamos, nos hallamos sumergidos en la nada. La Religion estriba en un fundamento eterno, como Dios y su palabra, del cual procede (1); á pesar de todas las persecuciones de que viene siendo el blanco, no prevalecerán nunca contra ella la espada, ni los engaños, ni las calumnias. Diez y nueve siglos de triunfos debieran bastar, al parecer, para que se prestara fé á mi aseveracion; al paso que de cuantos la han perseguido, ni uno solo es capaz de mostrarnos subsistente todavía la obra de su malvado ingenio. Tiranos, heresiarcas, incrédulos; todos desaparecieron de la faz de la tierra, y acaso de la memoria de los hombres, como ligero polvo al soplo del viento, sin que el mundo sepa siquiera que han existido.

Empero, prosigamos nuestro interrumpido relato. Era á fines de otoño: los torrentes precipitábanse ya con estrépito en el fondo de los valles; el aquilon batía las copas de los altos terebintos; y el cielo, cubierto de pardas nubes, anunciaba la próxima caída de las nieves. Entónces, pues, en una oscura mañana del año setecientos cuarenta de Roma, vióse á un ciudadano de Nazareth, enteramente atareado en los preparativos de un viaje, que no podía ya retardar; y que debía verificar en compañía de su jóven esposa, bellissima, y cuyo embarazo hallábase muy adelantado y en su último mes. Un humilde jumento era el destinado para llevarla; y en uno de los costados de dicho jumento, veíase atada, no sé con qué habilidad, una cesta tejida con hojas de palma, que contenía algunos dátiles, higos, pasas, y algunas hogazas de harina de maíz; y en el otro lado, un vaso de barro de Ramla para llenarlo de agua en las fuentes ó pozos que se encontraran al paso. Despues de haber colocado sobre el lomo del animal aquella delicada criatura, su esposo echóse sobre su espalda un saco lleno de paños; envolviendo luego su cuerpo en un manto de piel de cabra; y sin otro recurso, con un palo corvo en su mano derecha y el cabestro del asno en la izquierda, pónese en camino, alentado por los felices augurios de los parientes y los amigos que le dicen: *¡EN PAZ!* Es por demás, hermanos míos, que os diga ahora quién era ese ciudadano de Nazareth, que con su esposa María, y obedeciendo al mandato de César, iba á hacer inscribir sus nombres en los registros del imperio Romano.

Y aquí, en primer lugar, es de advertir, que el censo ó padron ordenado por César en la Palestina, y ejecutado por Cirino, venía á confirmar, admirablemente, que la estirpe de Jesucristo descendía de David, segun debía suceder y estaba vaticinado; toda vez que dicho

(1) ISAI. XL.

censo, poniendo de manifiesto los fundamentos del pueblo hebreo, mostró que José era verdaderamente descendiente de David y de Judá, como lo era también María, su santa esposa, que le era consanguínea; y por María, su querido hijo Jesucristo, en cuanto hombre. Y por medio de Judá pudo verse, que éste procedía de Abrahan; y por medio de Sem, de Noé; y por medio de Set, de Eva; y, por consiguiente, de Adan, puesto que Eva fué sacada y formada de una de sus costillas miéntras él dormía. Tenemos, pues, que Jesucristo es verdaderamente hermano nuestro, segun la sangre; y en cuanto Dios, nuestro Criador y Redentor. En segundo lugar, la estadística ordenada por el César dió á conocer á los Romanos, y por tanto al mundo entero, al Cristo de todas las naciones prometido en el Eden, el cual debía un dia reparar la culpa cometida por los padres de todo el humano linaje, y en él su origen, y el origen de todos los hombres que proceden de un solo tronco, que fué Adan. Además, la inscripcion de los nombres de José, María, y Jesús en los registros del Romano imperio, era (como notó ya Tertuliano) un documento incontrastable, de la real existencia del Salvador; cuyo hecho y documento bastan para destruir todas las extravagantes teorías con las cuales se ha pretendido demostrar, que la historia de Jesús era un mito, ó por decirlo más claro, una invencion imaginaria; y que no debe admitirse hecho alguno como histórico de cuantos nos refieren de Él los Evangelios. De esta suerte la admirable sabiduría de Dios confirmaba la real historia de su hijo Jesucristo, encarnado para nuestra salvacion, en el acto mismo en que éste nacía en el pesebre de Belen.

Hechas dichas observaciones, volvamos ya á José y María, en camino para la ciudad de su abuelo David; los cuales con tal acto destruyen otra de las calumnias lanzadas contra los católicos; es decir: que se niegan á obedecer á las potestades de la tierra, cuando la política de éstas no sea de su agrado. Es una calumnia infame, solemnemente desmentida desde el primitivo origen del Cristianismo; esto es, desde el viaje del Hijo de Dios humanado en el casto seno de María, acompañada del venerable patriarca; al cual fué confiada la custodia del uno y de la otra; quiero decir, desde el viaje de Nazareth á Belen para obedecer al César. Ved, sinó, como los dos santos esposos, apenas oyen el edicto, pónense en camino sin dilacion, ni queja alguna, á pesar de los crudos rigores de la estacion, y en un país tal como la Palestina; en cuyo tiempo debieron sufrir en extremo, especialmente la Virgen, cuya naturaleza era muy delicada y se hallaba en el noveno mes de su embarazo, habiendo concebido en su seno por obra

del Espíritu Santo, el Hijo del Eterno. ¡Ah! no, no somos nosotros los enemigos del César, puesto que sabemos, que Dios nos impone el inviolable precepto de dar al César lo que es del César; del mismo modo que debemos dar á Dios, lo que es de Dios (1). No somos nosotros, repito; porque nosotros reconocemos, que toda potestad dimana del Cielo, y creemos, firmemente, que todo aquel que resiste á la potestad, resiste al mismo Dios; estando obligados á honrarla y respetarla, no ya por razon de la espada de que dispone, sinó por deber de conciencia (2). Nada tenemos nosotros de comun con los hombres de partido, ó mejor dicho, de secta, cuya vida es una continua conspiracion contra la tranquilidad de las naciones: esos hombres de partido salen siempre de las filas de aquellos que nos hacen la guerra, siendo enemigos de la fé y de las enseñanzas y de las doctrinas de la Iglesia de Jesucristo; lobos disfrazados con piel de oveja para seducir á los incautos, y arrastrar á los pueblos á los motines y á la rebelion. A nosotros se ha dicho: obedeced á aquellos que os gobiernan, puesto que tal es la voluntad de Dios.

Así, pues, al cabo de cinco dias de viaje, los dos benditos esposos divisaron de léjos á Belen, cuya ciudad, situada en la cima de un collado, en medio de una corona de amenos viñedos, olivos y palmeras, parecía una flor de maravillosa belleza. Así nos la pintan todos los viajeros de la Palestina. Situada Belen sobre una eminencia, bien que poco elevada, otros montes más bajos parecen formar una preciosa corona á su alrededor. En unas partes, véanse praderas; allá campos cultivados, rebaños, chozas de pastores, olivos é higueras; y en el fondo, hácia Oriente, un valle que termina en las áridas llanuras del Mar Muerto. Luego, por el lado del Norte, á pocas millas de distancia, hállase Jerusalem; que por estar rodeado de montes no se descubre; pero, vése el villorio de Rama, situado hácia la mitad del camino que conduce á dicha ciudad. Esa Belen, ciudad de David, distinta de otra ciudad del mismo nombre situada en la tribu de Zabulon, es aquella Belen, en la cual Micheas había contemplado ya en espíritu el nacimiento del Hijo de Dios, y vaticinado la gloria que por tal causa alcanzaría, bien que fuera muy pequeña, comparada con las demás ciudades de Judá. Su vista produjo en José y María una profunda emocion; y luego, tomando el camino que conducía directamente á la ciudad, encontraron un tropel de gentes que iban y venían. Veíanse allí camellos, sobre los cuales cabalgaban mujeres envueltas en mantos de púrpura; corceles árabes corriendo

(1) LUC. XX, 25.

(2) SAN PABLO.

á rienda suelta, espoleados por jóvenes caballeros ostentando magníficos trajes; y, finalmente, algunos grupos de ancianos que, montados en asnos blancos, caminaban con paso lento, entregados á graves meditaciones, como solían hacerlo en sus viajes los antiguos jueces de Israel. Al llegar á las puertas de la ciudad, José, sin otra ceremonia, dirigióse á la pública posada. Era ésta un vasto edificio de forma cuadrada, situado extra-muros, rodeado de verdes olivos, con cuyo color armonizábase vistosamente la blancura de sus paredes.

Dejo á vuestra consideracion, mis amados hermanos, el juzgar si los dos esposos debían sentir la necesidad de reposo, tras un viaje tan largo y penoso, en especial la Virgen, hallándose próxima al parto divino. Bien todos comprendereis cuanto debió Élla sufrir en tal ocasion. De esta suerte empezaba, juntamente con Jesús, á satisfacer por nosotros á la justicia del Cielo. Y, sin embargo, no se lamenta, ántes bien regocíjase al sentir que tocaban á su término los dias de la desolacion, que á causa de la culpa original venía afligiendo, desde tantos siglos, el humano linaje; y al ver, que la justicia y la paz iban á darse el ósculo de amor, por cuya reconciliacion debía cesar el reinado del pecado y de la maldicion, sobre cuyas ruinas debía elevarse el de la gracia y de la misericordia. ¡Ah! si nuestra atencion se fijára en esos hechos tan edificantes de la vida de la Virgen, seguro estoy de que nos sentiríamos tan conmovidos, que lloraríamos inconsolablemente al solo pensamiento de haber ofendido y disgustado, pecando, á una Madre tan tierna, que ofreció generosamente el sacrificio de su vida por nuestra salvacion. ¡Oh! ¿quién nos ha amado más que Élla? ¿quién sufrió tanto para que nosotros volviéramos á la gracia del Cielo? Sí; Élla, desde la primera revelacion del Arcángel, acerca de la futura suerte de la humanidad por medio del nacimiento del Hijo de Dios, del cual era elegida Madre; no solo entró en los ocultos designios de la divina misericordia con todo el noble y sublime ardor de su corazon, sinó que renunció con generosa voluntad, y á costa de un sacrificio solemne, á cuantas comodidades hubiera podido hallar en esta vida.

Si ¡oh María! por nuestra salvacion, por el amor tiernísimo que tenías á la humanidad pecadora, que gemía desventurada bajo la cólera del Cielo; Tú, inocente y bella con la primera sonrisa que recibiste de Dios, que te crió para su gloria, te ofreciste cual víctima de abnegacion á la justicia divina, para que ésta se reconciliara con la tierra. Instruida, desde tus primeros años, en los misterios de los Libros sagrados, que fueron el pasto cotidiano de tu corazon, y favorecida con las revelaciones del Altísimo, Tú conocías los padecimientos,

los oprobios y las persecuciones á los cuales debía someterse el Salvador del mundo, y con Él, la Mujer destinada para ser su Madre. Y, sin embargo, al anuncio de que Tú eras esa Mujer, léjos de afligirte por ello, inclinas la frente, humilde y resignada, regocijándote por entrar en tal vía de amarguísima tribulacion para el universal rescate. Tú entras en ella, magnánima y generosa, recorriéndola hasta el fin con un heroísmo inaudito en todos los siglos. ¡ Y héte aquí hoy en tal camino, llegando á Belen, desconocida de todo el mundo, como la última mujer, en busca de un albergue cualquiera, con tu esposo José; Tú, descendiente de régia estirpe; Tú, hija primogénita de Dios; Tú, gloria de Jerusalem; Tú, alegría de Israel; Tú, honra suprema de la creacion! Y en vista de ello ¿ pudiera haber hombre alguno que no te admirara, que no te amara, que tuviera la osadía de posponerte á una miserable criatura contaminada con la culpa y llena de toda suerte de imperfecciones? Obre así, enhorabuena, el mundo réprobo, sobre el cual ha caído la maldicion de tu Hijo, Jesucristo; pero no nosotros; aunque tuviéramos que sacrificar nuestra vida. Nosotros te amaremos ¡oh María! sí, te amaremos siempre con todo el afecto de nuestro corazon; hoy hacemos de ello el más firme propósito, y así te lo prometemos del modo más solemne. Tú, entretanto ¡oh María divina! dignate presentar nuestra promesa á las plantas de tu Dios, y nuestro, á fin de que la bendiga, la corrobore, la santifique, y haga duradero nuestro propósito hasta el momento de nuestra muerte.

Así SEA.

DIA DIEZ Y NUEVE.

MARÍA EN EL PORTAL DE BELEN.

Cum essent ibi, impleti sunt dies ut pareret.

Hallándose allí, le llegó la hora del parto.

(Luc. II, 6)

Las disposiciones de la divina Providencia son siempre objeto de tanta admiracion y consuelo para aquellos que conocen los admirables caminos del Señor y sus adorables designios, como de terrible amargura para el corazon de los malvados y orgullosos, que adoran su propia razon como una divinidad. Dichas miras son sublimes y consoladoras para los hombres humildes de corazon, porque éstos saben, que acá abajo solo vemos la corteza, ó la superficie de las cosas, hallándose oculto á nuestros ojos aquel hilo misterioso que á todas las coordina para la consecucion del fin que se propone la divina sabiduría; la cual solo se nos manifestará en todos sus pormenores, cuando Dios, descubriendo á nuestras miradas el velo que separa al tiempo de la eternidad, dará solemnemente á todas las naciones la razon de su justicia y de su misericordia. Y esa verdad amarga desgarrará continuamente el corazon de los inícuos y orgullosos, porque no comprendiendo ellos los misterios de la vida futura, á los cuales la presente se refiere íntimamente, véense, en cierto modo, confinados en un desierto, contemplando ante sí un inmensurable y pavoroso horizonte, del cual ignoran el fin y el misterio. Esos son aquellos desdichados de quienes está escrito: «No conocieron el sendero de Dios, y por eso perecieron miserablemente (1).» Si tales hombres escucharan la voz de los pequeñuelos del Evangelio, á los cuales el

(1) PSALM. XIII.